



AULA ABIERTA 2019

(6-4-2019)

¿Es la cruz de Cristo realmente la respuesta al pecado de Adán?

Roger Lefèbvre¹

¿Está la humanidad entera condenada a las llamas eternas por el pecado de nuestros "primeros padres"?

A partir de ahí, ¿descansaría la fe cristiana sobre una injusticia denunciada por la propia Biblia? ...

¿Y si la historia de la caída de Adán nos remitiera a nuestro propio pecado?

1. Cuando nos olvidamos de las lecciones de la historia.
2. Cuando el avestruz saca la cabeza de la arena.
3. Cuando equiparamos la tradición a la Biblia.
4. Cuando los niños son castigados por sus padres.
5. Cuando cada uno es responsable de sí mismo.
6. Cuando descubrimos el origen de un dogma.
7. Cuando Pablo nos da la llave de la lectura.
8. Cuando Romanos 5,12 se convierte en una excusa.
9. Cuando Romanos 5,18-19 apoya la teología liberal.
10. Cuando nos topamos con un misterio.
11. Cuando tenemos más preguntas que respuestas.

1. Cuando nos olvidamos de las lecciones de la historia.

Por afirmar que es la tierra la que gira alrededor del Sol y no al revés, la Iglesia obligó a Galileo a retractarse bajo amenaza de muerte. Como sabemos, la jerarquía de la Iglesia actuó de ese modo apelando a las Sagradas Escrituras. Sin embargo, hoy, la

¹ Roger Lefèbvre es ingeniero industrial en agronomía tropical y licenciado en teología, ha sido profesor de religión y pastor en Bélgica durante años. Es miembro del equipo Science & Foi (www.scienceetfoi.com).

Iglesia ha reconocido finalmente que Galileo tenía razón ... No en contra de la Biblia, sino en contra de la mala interpretación que la enseñanza oficial de la Iglesia de su época hizo de la Biblia. Surge pues la pregunta: ¿es la teología la que convenció a los cristianos de esta mala lectura de la Biblia? ¡En absoluto! ¡Ha sido la ciencia quien ha desvelado esta realidad! La paradoja es que, creyendo defender una revelación divina, sometieron la Biblia a la sabiduría de destacados personajes de fe muy cuestionable. De todos modos, si lo miramos bien, es la interpretación de la Biblia, no la Biblia misma, lo que la ciencia ha cuestionado, obligando a los creyentes a revisar su propia interpretación. El problema surge, por tanto, cuando los cristianos equiparan sistemáticamente el mensaje de la Biblia con la interpretación que hacen de él.

Por desgracia, y como dijo Hegel, «la historia nos muestra que los pueblos nunca han aprendido nada de la historia y nunca han actuado según las lecciones que podían extraer de ella». Tanto es así, que incluso hoy día muchos cristianos repiten el error de quienes condenaron a Galileo al atribuir a la Biblia una misión que no le corresponde. Porque, es a todas luces obvio que la explicación sobre el “cuándo” de la formación del universo y el “cómo” de su funcionamiento le corresponde plenamente a la ciencia. Mientras que la vocación natural de las Sagradas Escrituras es enseñarnos “quién” está en el origen de este universo..., Dios, ¡por supuesto! Y “para quién” ha sido creado... para el hombre, sin duda. Y “por qué” existe este mundo ... para ofrecer un marco a la relación que Dios deseaba tener con la humanidad.

2. Cuando el avestruz saca la cabeza de la arena.

De esto nos informan los primeros capítulos de Génesis, a la vez que nos explican por qué fracasó el plan de Dios. Afortunadamente, nuestro Creador –si se me permite la expresión– guardaba un plan B en la manga. Es lo que nos revela el Nuevo Testamento en la persona de Jesucristo: nuestro Salvador y Señor. Pero la cuestión que se plantea hoy día para muchos cristianos sinceros es sobre las implicaciones de la ciencia para el relato bíblico sobre nuestros orígenes. En general, la expansión del universo por unos 13.800 millones de años no es un problema para los creyentes. Es cierto que algunos siguen apegados al concepto de *tierra joven* que le atribuye apenas 6.000 años. Y otros, como puede comprobarse en Internet, defienden incluso la idea de una tierra plana. La mayor parte de estas creencias se inscriben en el ámbito de las “fake news” propias de las ‘teorías conspirativas’.

De hecho, para los cristianos reflexivos, el principal ataque a la fe cristiana proviene más bien de la evolución de las especies. Porque si la aparición del *Homo sapiens* se hizo gradualmente, por *especiación*, hace unos 250.000 años, ya no podemos hablar de una primera pareja humana y, por consiguiente, presentar a Adán y Eva como figuras históricas. De ahí que el relato de la *caída* tampoco pueda ser considerado histórico. Por tanto, si la ‘caída’ no existió, tampoco el pecado y la condena de nuestros

‘primeros padres’ se transmitió a toda la humanidad y la redención de esta misma humanidad en Jesucristo ya no tiene sentido... En resumen: es la negación misma del fundamento de nuestra fe, el colapso del cristianismo.

Aunque yo mismo estaba convencido de esta dramática evidencia, tuve que hacer frente a otra evidencia: les guste o no, ateos o creyentes, ¡los científicos nunca descubrirán nada que Dios no haya creado! En efecto, desde el año 2005 la capacidad de decodificar el genoma humano, que permite compararlo con el resto de seres vivos, ha cambiado la situación. La evolución ya no se basa en un ramillete de pistas cuya interpretación podría ser sospechosa de contaminación por el ateísmo militante. A partir de ahora, la evolución de los organismos vivos se lee, paso a paso, desde su origen. Y esto desde los primeros balbuceos de las estructuras de ADN –hace ya 3.500 millones de años– hasta la complejidad de los 3.000 millones de bases que definen los 25.000 genes que contienen los 46 cromosomas presentes hoy en cada una de nuestras células.

3. Cuando equiparamos la tradición a la Biblia.

Mi profesión fundamental fue la de profesor de religión protestante en la escuela pública de secundaria en Bélgica. Por eso, cuando mis alumnos salían de escuchar en la clase de biología lo que acabo de resumir en pocas palabras, me decían: “Pero entonces, no podemos creer lo que dice la Biblia.” A lo que yo respondía con el Salmo 92,4-6: “⁴Por cuanto me has alegrado, oh Señor, con tus obras; En las obras de tus manos me gozo. ⁵¡Cuán grandes son tus obras, oh Señor! Muy profundos son tus pensamientos. ⁶El hombre necio no sabe, Y el insensato no entiende esto.” ... Pero claro, la cuestión ahora es saber de qué lado están los insensatos: ¿del lado de los descubrimientos científicos o del lado de la multitud de dogmas que los concilios impusieron a los cristianos desde el establecimiento de la Iglesia de Estado? Al Dios que pregunta: “¿Quién es ese que oscurece la razón con palabras sin sentido? (Job 38,2), Job responde con una mezcla de humildad y lucidez: “Sí, he hablado sin entender, maravillas que me exceden y que no entiendo.” (Job,42,3).

Como muchos de nosotros, cristianos evangélicos, he dado por cierto axiomas que se me habían presentado como ‘bíblicos’, cuando en realidad eran fruto de los numerosos concilios que siguieron al de Nicea en el año 325. Cabe recordar que fue presidido por Constantino, un emperador ‘convertido’ por oportunismo político. Es verdad que la Biblia no habla de la *Trinidad* o de la *doble naturaleza* de Jesucristo, pero estas nociones no carecen de textos bíblicos que los avalen. No se puede decir lo mismo del *pecado original*, transmisible de generación en generación, y las más de las veces asociado con las llamas del infierno. Para finales del segundo siglo, Ireneo de Lyon ya consideraba que Adam había entregado a la humanidad a la mortalidad y la había hecho cautiva de aquél al que llamaba “el fuerte” (Mat 12,29). Pero sería Agustín de Hipona, en el s. IV de nuestra era, quien avalaría el ‘pecado original’ definiéndolo como el estado

de corrupción en el que se encuentra la humanidad entera, separada de Dios desde la 'caída' de nuestros 'primeros padres'. Esta doctrina fue confirmada en el segundo concilio de Orange el año 529, y en el concilio de Trento de 1546.

4. Cuando los niños son castigados por sus padres.

Por su parte, el judaísmo no cree en el 'pecado original' en el que ve una aberración bíblica. Porque no solo la Biblia no habla de ella, sino que contradice su propio principio: «La persona que pecare, ésa morirá; el hijo no cargará [no será acusado] con el pecado del padre, ni el padre cargará con el pecado del hijo. La justicia recaerá sólo sobre el justo, y la culpa recaerá sólo sobre el malvado.» (Ez 18,20). De este modo, Ezequiel confirmaba una profecía hecha años antes por Jeremías: «En aquellos días ya no se dirá más: "Los padres comieron uvas agrias y los hijos tienen dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad. La persona comiere uvas agrias, ésa tendrá dentera. Mira, vienen días, dice el Señor, en los que haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.» (Jer 31,29-31).

Lo interesante de este anuncio de restauración es su aspecto *de reparación de una anomalía*: supone el abandono de un principio injusto –los niños que pagan por una falta cometida por sus padres– a favor del establecimiento de una verdadera justicia donde cada uno paga por sus propias faltas. Por lo tanto, vemos aquí la cancelación de una oración proclamada previamente por Moisés cuando intercedía por los hebreos tras el episodio del becerro de oro: «Y pasando el Señor delante de él, proclamó: ¡es el Señor! ¡es el Señor!, Dios de compasión y gracia, que no se deja llevar por la ira, sino que le puede el afecto y la lealtad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; **que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación**». (Ex 34,6-7).

Fijémonos, de paso, que no se trata aquí de *TRANSMITIR* un pecado a los niños por tres o cuatro generaciones, sino de *SOLIDARIDAD* de los niños con el castigo de su padre, abuelo o bisabuelo. Pero la abrogación de una ley obsoleta no perturba a los defensores del 'pecado original', aunque, en buena lógica, esa condena no tendría que haber sobrepasado la cuarta generación posterior a Adam. Además, a propósito del pecado de Adam transmitido a su posteridad, conviene preguntarse por el modo de transmisión del 'pecado original' que, según Agustín, se hacía por vía generacional. Y no os sorprenderé si digo que la decodificación del genoma humano ¡no ha descubierto el menor rastro del gen 'pecado original'!

5. Cuando cada uno es responsable de sí mismo.

Desde esta perspectiva de la responsabilidad individual frente al pecado, ¿no sería más coherente percibir la Redención en Jesucristo como una respuesta dirigida al

pecado de cada uno de nosotros? Pero entonces, el relato de Adán y Eva y de su pecado se convertirían en una parábola de mi pecado, de tu pecado y del pecado de todos y cada uno de nosotros. ¿Quién no ha sentido la tentación de decir, o no ha oído nunca decir: «No necesito que un buen dios me diga lo que puedo o no hacer; ya soy mayorcito como para decidir por mí mismo»? Incluso –seamos sinceros– si nunca nos hemos atrevido a decir algo así, ¿quién no se ha comportado de ese modo? Nos guste o no, esta estúpida arrogancia es propia de todo ser humano y ha contribuido la ruina de la humanidad, tanto desde un punto de vista temporal como espiritual.

Hay que admitir que este enfoque no responde a la pregunta de *por qué* todos los seres humanos caen en un pecado similar al descrito en el Génesis. Tocamos aquí la eterna pregunta sobre el origen del mal. A primera vista, la *caída de Adán* ofrecía una explicación muy oportuna ... pero no era muy relevante, ya que en realidad no hace más que describir el problema. De hecho, siempre quedaría por explicar qué hacía una serpiente tentadora en el jardín del Edén introduciendo, según parece, un pecado que ya existía de antemano en el mundo espiritual. Por tanto, el misterio del origen del mal permanece, y sin duda nadie le dará respuesta antes de que se nos revele en la eternidad.

Pero, por otro lado, presentar el relato bíblico de la *caída* como una parábola del pecado de cada ser humano ofrece una gran ventaja respecto a la evangelización: hace posible colocar al no creyente directamente frente a su pecado y la respuesta que se le ofrece en la persona y obra de Jesucristo. Se evitan así las habituales discusiones ociosas sobre el *creacionismo*, sobre la existencia de Adán y Eva, de una serpiente que habla, o incluso de la famosa *manzana* desconocida para la Biblia.

6. Cuando descubrimos el origen de un dogma.

Pero entonces, ¿por qué los cristianos evangélicos persisten en apoyar la doctrina del *pecado original*? Ya escucho vuestra respuesta: «¡Romanos 5,12-21!», me diréis. Si hay tiempo, lo abordaré más adelante. Pero antes permitidme deciros que esta respuesta es pertinente sólo en segunda instancia, incluso para nosotros los evangélicos que nos encanta proclamar: «¡La Biblia entera y nada más que la Biblia!», ya que la lectura que hacemos hoy de este pasaje no viene, en gran medida, dictada por la herencia que la Iglesia histórica nos ha transmitido sin que seamos plenamente conscientes de ello. De hecho, y por sorprendente que parezca, la doctrina del *pecado original* era desconocida para los primeros cristianos. Sí conoció algunos balbucesos con algunos Padres de la Iglesia. Pero como ya he dicho, fue en el s. IV que fue desarrollada por uno de los más brillantes de los Padres: Agustín de Hipona.

Ahora bien, los motivos de este gran teólogo fácilmente podrían contrariar a la mayoría aquí. Escuchémosle: «¿Por qué –escribió Agustín– necesitarían los niños a Cristo si no están enfermos? Si no tienen pecado original, ¿por qué traerlos a la Iglesia? Sería mejor entonces decir a los portadores: “Llevaos de aquí estas criaturas inocentes,

porque Cristo no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Pero esto es lo que nunca hemos hecho y nunca haremos. Entonces, una de dos: o debemos dejar de llevar a los niños al médico, o hay que aceptar que tienen un pecado del que deben ser curados.» (Agustín, Sermones, CLXXVI, ed. Migne).

NOTA: Versión española de Pío de Luis, OSA.

«Por tanto, ¿qué necesidad tiene de Cristo el recién nacido, si no está enfermo? [...] Si se dice que los niños, cuando son llevados poco después de nacer a la Iglesia, carecen absolutamente del pecado original y, no obstante, vienen a Cristo, ¿por qué no se les indica en la Iglesia a quienes lo llevan: “Quitad de aquí a estos inocentes; no tienen necesidad de médico los sanos, sino los pecadores; Cristo no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores”? (Mt 9,12). Nunca se ha dicho tal cosa y nunca se dirá. [...] Elijan los padres una de estas dos cosas: o confesar que sus hijos reciben la curación del pecado, o dejar de presentarlos al médico, pues equivale a querer presentarle una persona sana.»

De hecho, para Agustín, la *invención* del *pecado original* fue, en primer lugar, la respuesta a una necesidad litúrgica relacionada con el bautismo de recién nacidos. Tuvo que hacer frente a un problema aparentemente insoluble. Por un lado, estaba convencido del valor [virtud] salvífico del bautismo; por el otro, el bautismo de lactantes se había convertido en una práctica generalizada. Como resultado, la Iglesia Protocatólica se enfrentaba a un serio dilema:

- Administrar un ‘falso bautismo’ con la única finalidad de integrar al infante en la comunidad eclesial; (que será el tipo de bautismo adoptado por los protestantes paidobautistas).
- bien administrar un ‘verdadero’ bautismo de remisión de los pecados... lo cual implica que el infante ya es pecador, aun careciendo de una voluntad propia, y aunque no haya cometido la menor falta.

Pero, ¿qué cristiano evangélico admitiría que una doctrina –tan importante como la Redención por la fe– se basara en una liturgia tradicional y no en las Sagradas Escrituras? Especialmente en lo que se refiere al *pecado original*, esta liturgia se debe a una tradición sacramental paidobautista más bien sospechosa respecto de las enseñanzas bíblicas, ya que nada permite remontar esta tradición a los apóstoles y no está confirmada por ningún texto del Nuevo Testamento. Sin embargo, a pesar de que estas circunstancias son las que llevaron al origen de la doctrina del *pecado original*, los cristianos protestantes evangélicos la han adoptado, aun cuando no participan de un sistema sacramental que mantiene la omnipotencia de la jerarquía. Cabe recordar que, de acuerdo con la famosa fórmula latina *Ex opere operato*, Dios realiza automáticamente lo que implica cada uno de los siete sacramentos administrados por un sacerdote.

Como es sabido, en la Iglesia romana uno es bautizado **PARA** ser cristiano, porque «fuera de la iglesia no hay salvación», mientras que en nuestras iglesias evangélicas somos bautizados **PORQUE** nos convertimos en cristianos. Lo irónico del asunto es que, para justificar la necesidad de la conversión y el nuevo nacimiento, los

cristianos evangélicos han adoptado la doctrina del pecado original inventada por Agustín para justificar el bautismo sobre la base de lo que muchos denominan 'la magia de los sacramentos'.

7. Cuando Pablo nos da la llave de la lectura.

Pero entonces, ¿qué pasa con Romanos 5,12-21? Primero, notemos que es el único pasaje de las Escrituras que podría proporcionar una base para la teoría del *pecado original*. Otros de los pocos pasajes que se suelen invocar, no son realmente decisivos. De entrada, podría señalar que no se puede fundamentar una doctrina tan importante como la de la salvación sobre un único pasaje bíblico ...

Al escribir que "Adán es la figura (gr. *typos*) del que había de venir" (5,14) Pablo no dice nada más que lo que está afirmando: Adán es el tipo de Jesús ... ¡Eso es todo! Pero esto es muy importante, pues es la clave que debe tenerse siempre en cuenta para decodificar todo este pasaje. Sobre todo hay que recordar que, por definición, en la tipología, lo que cuenta es la fuerza de la imagen. Es como en las parábolas de Jesús: sea verdadera o falsa, lo que cuenta de la historia del buen samaritano es lo que representa, no la historicidad del relato necesario sólo para establecer la comparación.

Aquí como en cualquier otro lugar, y de acuerdo con el principio mismo de la tipología, Pablo nunca establece un vínculo de causa y efecto entre su teología y la historicidad de las narraciones que la apoyan. Por tanto, no afirma que "Jesús debía venir a causa de Adán", como tampoco asevera que "Jesús debía venir para reparar la culpa de Adam". Tales extrapolaciones son ilegítimas con relación al paralelismo que Pablo establece entre Jesús y Adán. ¿Acaso no es lo propio de dos líneas paralelas precisamente el no encontrarse nunca?

8. Cuando Romanos 5,12 se convierte en una excusa.

Por tanto, no se puede apoyar la redención en Jesucristo sobre una frase que Pablo interrumpe justo a la mitad: «¹² Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. ...». Habida cuenta de la concepción del origen del universo y de la humanidad que había en su día, Pablo solo podía leer literalmente los primeros capítulos de Génesis y, por tanto, aceptar la idea de que toda la humanidad provenía de una primera pareja. Así pues, es normal que considerara que «el pecado hubiera entrado en el mundo por un hombre».

Pero es importante señalar que para él «la muerte ha pasado a todos los hombres, por cuanto todos han pecado». Por lo tanto, el apóstol está totalmente de acuerdo con el principio destacado por Jeremías y Ezequiel: Cada uno es castigado por sus propios pecados y no por los de otros, y mucho menos por el pecado de un antepasado lejano. Porque en el fondo, ¿qué nos dice Pablo cuando leemos todo este pasaje desde la clave tipológica que nos ha dado?

Primero, el pecado y su consecuencia, la muerte, entró en el mundo por el primer hombre; de igual modo, la redención y su consecuencia, la vida, entró en el mundo a través de “el que había de venir”; en segundo lugar, todos los hombres han muerto porque todos han pecado; de igual modo, muchos hombres han conocido la vida porque muchos han aceptado la gracia. Tenemos aquí cuatro proposiciones perfectamente paralelas que se pueden esquematizar de la siguiente manera:

ADAM > PECADO > MUERTE // JESÚS > REDENCIÓN > VIDA (OK)
PARA TODOS > PECADO > MUERTE // PARA MUCHOS > GRACIA > VIDA (OK)

Así pues, al pasar por alto el paralelismo simbólico –e.d., la tipología– que Pablo establece a lo largo de este pasaje (5,12-21), la Tradición cristiana ha transformado el versículo 12 en una relación de causa y efecto que el apóstol nunca establece en sus tipificaciones, ya sea para Adán o para cualquier otro personaje del Antiguo Testamento.

ADAM > PECADO > MUERTE >> PARA TODOS > PECADO > MUERTE (¡ NO !)
JESÚS > REDENCIÓN > VIDA >> PARA MUCHOS > GRACIA > VIDA (OK)

¿Qué es lo que constatamos? Pues que ahora estamos dentro de la lógica de un paralelismo no entre cuatro proposiciones, sino entre dos relaciones de causa y efecto: como la gracia y la vida de muchos es imputable a Jesús, el pecado y la muerte de todos es imputable a Adán. Hoy en día, esta doble imputación es la interpretación teológica más frecuente en nuestros entornos evangélicos, porque el literalismo primario ya no tiene buena prensa.

Desde un punto de vista intelectual, este paralelismo entre dos imputaciones es atractivo, a pesar de no tener legitimidad en la medida que no es lo que Pablo escribe. Por eso, la segunda relación de causa y efecto es perfectamente bíblica; de hecho, es todo cuanto enseña el Nuevo Pacto. Por el contrario, la primera relación de causa y efecto expresa algo que ni Pablo ni nadie expresa en el Nuevo Testamento. Parece que la tradición cristiana ha sido seducida por el gusto de la mente humana por el pensamiento equilibrado y por los atractivos paralelismos intelectuales.

9. Cuando Romanos 5,18-19 apoya la teología liberal.

Pero entonces, Pablo interrumpe su argumentación para retomarla más adelante (vv. 18-19):

«¹⁸ Así pues, como a través de la ofensa de uno (solo) [~~viene~~] la condenación para todos los hombres, de la misma manera, por la justicia de uno (solo) [~~viene~~] para todos los hombres la justificación de vida. ¹⁹ Porque, así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno (solo) los muchos serán constituidos justos».

La mayoría de los comentaristas ven en este texto la prueba irrefutable de la extensión del pecado original a toda la humanidad. En mi opinión, esto es precipitarse, al ignorar cuatro problemas que parecen "olvidados": dos problemas de traducción y,

sobre todo, dos problemas teológicos principales para la doctrina cristiana adoptados por la mayoría de iglesias y denominaciones.

Primero. “Por la transgresión de uno” también puede traducirse “por una sola transgresión”; y “por la justicia de uno” también puede traducirse “por una justicia” ... Lo cual enfatiza el carácter jurídico de este pasaje en el que el griego “justicia” sugiere una “ordenanza de justicia”. Esto también favorece la idea de que, ante el tribunal de Dios, Adán es el “antitipo” de Jesús (cf. 5,14). Este paralelismo puede esquematizarse de la siguiente manera:

ADAM > PECADO > MUERTE // JESÚS > REDENCIÓN > VIDA

Segundo. Aunque es más fiel que nuestras versiones en francés, la versión en español agrega el verbo “venir” al texto griego, lo cual también sugiere una relación de causa y efecto, más que un paralelismo entre Adán y la humanidad, siendo ambos objeto de la misma condena y estando ante la oferta de la misma justificación ... Lo cual es más lógico desde el punto de vista jurídico, y se puede esquematizar de la siguiente manera:

ADAM > PECADO > MUERTE // HUMANIDAD > PECADO > MUERTE

Así, cada ser humano es puesto ante sus propias responsabilidades: tanto para la condena de sus propios pecados como para su justificación en Cristo. Tanto es así, que para la doctrina cristiana clásica, los dos paralelismos teológicos anteriores siempre van de la mano con este otro:

POR TODOS > PECADO > MUERTE // POR MUCHOS > GRACIA > VIDA

Sin embargo, este acercamiento fundamental de nuestra fe común es severamente cuestionado por el apóstol Pablo en los versículos 18 y 19; especialmente cuando, desde la perspectiva del pecado original, mantenemos una relación de causa y efecto.

Tercero. De hecho, el versículo 18 afirma la justificación, y por tanto la salvación, de “TODOS” los humanos, lo que parecería fomentar la teología universal: la salvación definitiva de toda la humanidad:

UN PECADO > CONDENACIÓN DE TODOS >> UNA JUSTICIA > JUSTIFICACIÓN DE TODOS (??)

Cuarto. Y, por su parte, el versículo 19 agrava aún más el problema al afirmar que “NUMEROSOS” humanos, entonces NO “TODOS”, son pecadores:

UN PECADO > MUCHOS PECADOS (??) >> UNA JUSTICIA > MUCHOS JUSTIFICADOS

Esto a pesar de que el mismo Pablo afirma (cf. 3,9.10) que “todos están bajo el dominio del pecado. [,,] ¡No hay justo, ni siquiera uno!”.

Si uno quiere seguir una lectura literal de Romanos 5,12-21 para justificar la existencia de un pecado original transmitido a toda la humanidad, debe tomar el pasaje en su totalidad ... Pero entonces, ¡la doctrina cristiana podría verse severamente cuestionada! O si no, podemos aceptar que Pablo adopta un lenguaje tipológico,

cercano al midrash, para comparar el orden de pecado y condenación con el orden de gracia y redención. Ni qué decir tiene, que esta segunda opción es la que yo adopto.

10. Cuando nos topamos con un misterio.

Lo que Pablo no dice es CÓMO explica él que ‘una sola falta’ cometida por ‘un solo hombre’ haya podido reproducirse ‘en todos los hombres’ a lo largo de los siglos, y ello, además, con las mismas consecuencias dramáticas. Tampoco lo explicará en ningún otro lugar, contentándose con dejar a guisa de que el primer hombre pecó y que, a continuación, todos han pecado encontrándose así con la condenación. ¿Por qué han pecado también? ¡Pablo no ofrece –ni siquiera sugiere– una explicación! Por tanto, si el apóstol respeta el misterio, ¿será mejor imitarle o pretender explicarle ‘inventando’ un *pecado original* transmitido a toda la humanidad del que la Biblia no habla en ningún lugar? En cierto modo, plantear la pregunta ya es responderla.

Aparte del valor salvífico que le dio al bautismo, Agustín tal vez merezca nuestra indulgencia debido a su escaso conocimiento del griego. Además, aunque era un brillante latinista, la versión *Vetus Latina* de la que disponía ofrecía un texto muy corrompido de este pasaje de la carta a los Romanos. E incluso cuando más tarde dispondría de la *Vulgata* de Jerónimo, tampoco esto le ayudaría, pues también éste tradujo mal este pasaje reputado por su dificultad. Por tanto, se puede comprender el apoyo que Agustín creyó encontrar para la defensa de su doctrina del ‘pecado original’.

Por otro lado, hay que recordar que, a diferencia de algunas de nuestras versiones, en el texto hebreo de los cuatro primeros capítulos de Génesis, la palabra “Adam” nunca aparece como nombre propio. En realidad, se trata de un nombre común precedido de un artículo definido –*el adam*– que le da un sentido colectivo que nosotros traducimos generalmente por el hombre, *el ser humano, la humanidad* ... En la Biblia, fuera de algunas excepciones, y siempre muy discutibles, Pablo es el único en tratarlo como una figura histórica (del mismo modo que creía en una Creación en siete días, y concebía el mundo como una enorme pizza cubierta por una campana celeste). Tratándose de creencias más culturales que teológicas, no estamos obligados a seguirle en su personificación de *el adam* del Génesis. Como dicen los rabinos: la verdad teológica siempre excede a la verdad histórica.

Y menos aún, cuando esta personificación de la humanidad bajo la forma de Adam se encuentra en un pasaje alegórico en el que Pablo personifica al pecado a fin de ensalzar la obra redentora que vino a darle respuesta en la persona de Jesucristo. Dicho de otro modo, el argumento del apóstol Pablo es mucho más complejo de lo que una lectura somera haría entender. Por lo que caer en una u otra forma de simplismo sería insultar el pensamiento del gran teólogo de la primera Iglesia.

11. Cuando tenemos más preguntas que respuestas.

Soy consciente de que esta afirmación causará frustración en la mayoría de vosotros, pero haría falta más tiempo para un argumento que requeriría horas de

profundo estudio. Además, quisiera evitar aquí ‘malvender’ la Palabra de Dios. Mi única intención era abrirnos los ojos a una lectura distinta a la heredada de la *Tradición* romana. Mucho debemos a los Reformadores protestantes, pero estar condenado a las llamas del infierno por culpa de un ancestro lejano, es una doctrina muy injusta. Tanto es así, que cada vez hay más riesgo de que se convierta en un repulsivo para las personas que queremos llevar a los pies de la Cruz.

En nuestros días, el argumento de la autoridad ya no basta ... Decir: «¡Es así porque lo dice la Biblia!», ya no es una razón suficiente. «Gato escaldado, del agua fría huye», dice el refrán popular. Hoy día, una gran mayoría se da cuenta de que hay una diferencia entre lo que dice la Biblia y lo que muchos quieren hacer decir a la Biblia. Además, las más de las veces, es la coherencia de nuestro propósito la que servirá de criterio de veracidad. Evitemos, por tanto, seguir insistiendo en atribuir una doctrina inicua al Dios justo: ¡es absolutamente incoherente! Antes que poner fin a la reflexión teológica de la Iglesia, los primeros protestantes evangélicos nos abrieron una vía muy resumida en la divisa latina de la Iglesia Refomada: *Ecclesia reformata, semper reformanda* («Iglesia reformada, siempre en [proceso de] reforma»).

¡Quiera el Señor concedernos el coraje (necesario)!

¡Todo mi agradecimiento por vuestra paciencia, vuestra atención y, espero, vuestra indulgencia!
